

madre, tan pronto salieron del cuarto, qué había querido decir José con aquello de que «se les había acabado la diversión».

Luisito, el de la meningitis, con su carita de bobo, se asomaba a la puerta y sonreía a su padre. Después se iba a la cocina a jugar con el gato.

Martina sabía que aquel montón de huesos que era José, no se restituiría nunca a la vida normal. Se había apoderado de ella una sombría tristeza y apenas si hablaba con nadie. José no pensaba en nada, su conformidad era absoluta. Para qué pensar. Si volvía los ojos al pasado, qué haría sino sufrir, y si se detenía a considerar el presente, qué le tocaba sino sufrir también.

Le había quedado una tos pertinaz, seca, dura, que a veces le quitaba el resuello. Pero jamás se quejó. Hacía cuanto le mandaban y no daba el menor ruido. Parecía ya un pajarito. El pelo lacio y un poco en desorden, le caía sobre el cuello de la camisa. Si no se advertía mucho la terrible palidez del semblante es porque tenía muy crecida la barba, y el céreo color de las mejillas desaparecía bajo los pelos. Pero los ojos, aunque hundidos en los profundos nichos de las órbitas, aún conservaban aquella suave luz de bondad y nobleza que le brillaba en las pupilas azules.

El médico había perdido toda esperanza. Un día al salir del cuarto, le dijo al tendero:

—Esto se acaba. Es como una llamita a la que faltase el aire.

Y así fué. José murió, y murió en la forma más triste en que se puede morir: solo.

Juan y Miguel, como todas las mañanas, se habían ido a la tienda; el tipógrafo a su trabajo, y Martinita, que aún podía disimular su estado, al taller. La costurera estaba con la muchacha en el mercado. Era éste un menester que por razones económicas no le gustaba confiar a nadie, y que ella despachaba bien y de prisa. Los otros chicos iban en aquel momento camino de la escuela o de sus ocupaciones habituales, a excepción de Josefita, de doce años, que esperaba en casa a que regresara Martina. Pero Josefita o había salido a la calle, sin que sepamos a qué, o andaba por los rincones más apartados de la casa cuando Dios dispuso del alma de José.

El día estaba triste y sombrío. Apenas si entraba luz por el balcón del cuarto. José había tenido tan fuerte acceso de tos, que pensaba si se le habrían roto los huesos del pecho. Sintió que le faltaba la vida y que un sudor frío le bañaba el rostro. Despertóse el gato, que estaba echado a los pies de José: tiróse de la cama al suelo y fué a perderse maullando en la penumbra del pasillo. José quiso llamar, pero apenas si le salía la voz del cuerpo. Como se diera cuenta de que se moría, aún tuvo alientos para pensar, más que para decir:

—Señor, te lo digo sin soberbia alguna, aún podría aguantar algo más... Dame unos días más de vida, unas horas, unos minutos... Aún me quedan algunas fuerzas para sufrir. Todavía oigo como siempre... ¡No basta! ¡no basta!

Y así se durmió en el Señor.

PEDRO ROMERO MENDOZA

## SONETOS (1)

### DOMINGO

Rayan vuelos oscuros de vencejos  
el raso de la tarde dominguera,  
y entre árboles dormidos de ribera  
discurre un río manso y sin reflejos.

Una esquila convoca desde lejos  
al rebaño esparcido en la ladera,  
y el sol dorado de la primavera  
lame la fronda de los sauces viejos.

Al margen de un bancal abandonado,  
la corva reja del ocioso arado  
a la luz del crepúsculo destella.

Todo se va durmiendo en el sosiego.  
Y un agua muerta de arcaduz de riego  
copia el temblor de la primera estrella.

### CREPÚSCULO

Suben del valle al cielo vespertino  
rumor de fronda y cantos de labriego.  
Los sembrados se quedan en sosiego;  
los cavadores van por el camino.

Sapos ocultos tañen su argentino  
laúd en tierras húmedas del riego;  
y entre las campanillas y el espliego  
pasa un cantar de arroyo cristalino.

La dulce brisa de la tarde orea  
los campos, el ejido de la alaea,  
la cruz de piedra del humilladero...

(1) Alcántara se complace en publicar estos bellos sonetos, que juntamente con otros de la misma calidad literaria, serán dados, en volumen, a la estampa.

Doblan las campanadas del rosario.  
Y encima de un otero solitario  
ha aparecido el ascua de un lucero.

### CANSANCIO

Quien ve el mismo paisaje a todas horas  
—el valle abajo, la colina enfrente,  
un azul sólo, un verde permanente,  
y velas en la mar, madrugadoras—

quien contempla las tapias cegadoras  
bajo el beso del sol de oro caliente,  
y el brillo de los caños de la fuente,  
y el charol vivo de las zarzamoras;

si por acaso nieblas marineras  
rastrean por el valle y sus laderas,  
no disimula su contentamiento;

mas durando la niebla más de un día,  
lamenta alicaído:

—¿Todavía

no luce el sol ni se la lleva el viento?

### SENSUALIDAD

No me quites, Dios mío, la ventura  
de contemplar el cielo cada día,  
los campos verdes, y en la lejanía  
la claridad del mar y su hermosura.

Concédeme la sombra y la dulzura  
del ameno frutal a mediodía;  
y por la tarde, déjame en la umbría  
donde ofrece el arroyo su frescura.

Con los mínimos goces de esta vida  
tengo, Señor, el alma recogida,  
libre de la ambición y las pasiones.

Y así vivo feliz, sin otro anhelo

que descansar de noche cara al cielo  
bajo el temblor de las constelaciones.

### ENSUEÑO

No te importe que el mundo esté cubierto  
por la blancura triste de la nieve,  
ni que el viento norteño traiga y lleve  
las hojas secas sobre el campo yerto.

Tú evoca siempre florecido el huerto  
bajo el oreo de una brisa leve,  
y aquel fresco regato donde bebe  
tu alma el reflejo de un pasado muerto.

Y si es un espejismo ese paisaje  
que en los amargos trances del viaje  
te ha deparado su consuelo amigo,

si no lo hallares donde lo has soñado,  
vuelve al camino, y vuelve resignado,  
porque el ensueño siempre irá contigo.

### PAISAJE

Mira el huerto temblando en la calina,  
el trémulo follaje ribereño,  
el mar que reverbera, el hogareño  
dintel donde anidó la golondrina.

Míralo todo: el campo y la marina;  
apacienta tus ojos en el sueño  
del paisaje apacible y abrileno;  
llévate su recuerdo en la retina.

Y cuando en tu horizonte no divises  
más que ceniza, bruma, cielos grises,  
campo asolado y cerrazón de invierno,  
cuando te cerque la melancolía,  
cierra los ojos a la luz del día  
y enciende el sol de tu paisaje interno.

## FATALIDAD

Ya se ve entre las sombras del sendero  
parpádear un resplandor lejano.  
Ya escucho cómo silba por el llano,  
lejanamente, el viento de febrero.

Ya en la negrura de la noche espero  
la voz que ha de llegar, el inhumano  
contacto de otra mano, con mi mano,  
el frío de los ojos del viajero.

Y abro mi puerta. Un pájaro revuela  
entre mi corazón y el mortecino  
fulgor que el bosque me descubre y cela.

Miedo no tengo. Fiel a mi destino,  
espero con la mano en la cancela  
lo que veo llegar por el camino.

## TRISTEZA

Rompe, Amor, tus inútiles saetas  
y desecha tus rosas, ya marchitas;  
cesa, Amor, en la saña con que agitas  
el fondo turbio de mis aguas quietas.

Dulce como un aroma de violetas,  
claro como un blancor de margaritas  
fué el tiempo aquel de ilusionadas citas,  
soñado amor y vísperas inquietas.

Porque entonces un sol de primavera  
me acariciaba el corazón. Y era  
tan hermoso el amor como la vida.

Hoy que el amor se ha convertido en nada,  
es triste recordar, en la otoñada,  
qué alegre fué la juventud perdida.

ARTURO BENET

RECUERDOS de la INFANCIA

## ¡LA PÍCARA AFICIÓN!

Por DANHUR

La feria de Mayo, en nuestra Ciudad, era esperada por la chiquillería con manifiesto desasosiego. Entonces y ahora, claro es. Pero en aquellos lejanos tiempos era ostensible la afición a los toros; lo mismo que actualmente sucede con el fútbol, que trae locos a chicos y grandes.

En el año de mi recuerdo yo deseaba presenciar las dos corridas anunciadas, y me dije: «Ya que mi padre sólo ha prometido llevarme a la segunda, nada se opone a que vaya a ambientarme por los alrededores de la Plaza». Y, antes de las dos de la tarde, me hallaba sentado en estratégico banco del Paseo del Perejil, dispuesto a no perder detalle de lo que por aquellos contornos sucediese.

«Las puertas de la Plaza se abrirán dos horas antes», rezaba el cartelón de vivos colores y arrebatadora escena taurina, pegado *mismamente* encima de la taquilla de SOMBRA, en letras de gruesos caracteres leía una y otra vez, y muchas más, los nombres de *Segurita*, *Cantarito* y *El Camisero*, diestros encargados de pasar por las seis fieras de aquella tarde.

Abstraído, leyendo alternativamente el cartel y contando los huecos del coso taurino hasta retener en la memoria todas sus puertas y ventanas; fumando un cigarrillo de cascarilla de cacao (un matico de diez pitillos por una perra gorda) adquirido en el portal del pan en el puesto del señor Onofre, iba transcurriendo el tiempo y aumentando mi entusiasmo ante la perspectiva de ver llegar a los picadores cabalgando sus escuálidos jamelgos, y en la grupa el *monosabio*, como era de rigor; a los toreros en el coche-jardinera, muy jacarandosos sus brillantes caireles, y en el pescante el mozo de *espá*, portador de enorme espuerta llena de capotes, que me figuraba ensangrentados. ¡Cómo brincaba de emoción a su vista! Inesperadamente veo desembocar de la calle de Barrionuevo a un grupo de señores, entre los que pude reconocer al popularísimo empresario, don Pedro de la Peña. Reparé en un niño-calzona y blusa de marinerito, que formaba parte del citado grupo, de edad y pinta poco más o menos que la mía. No lo pensé más: les salí al encuentro y me incorporé a ellos, cuidando, eso sí, de colocarme al lado de mi desconocido y ya muy querido amigo *Angel*. Nunca supe como se